

Volver a nuestra raíces

Eduardo Frei Ruiz-Tagle (*)

El país tuvo, el 5 de octubre pasado, uno de los triunfos más espectaculares de toda la historia. El pueblo chileno escribió ese día, con su victoria en el plebiscito, una de las páginas más notables de la democracia contemporánea.

Este fue un éxito del pueblo de Chile, de sus hombres y mujeres, especialmente de los más modestos, que fueron capaces de derrotar el miedo, de rechazar la mentira, de condenar el abuso y la prepotencia. Fue, muy especialmente, el triunfo de los jóvenes, que con su idealismo y su esperanza, dieron el tono moral a nuestra campaña.

Fue un éxito de los partidos, de todos los partidos concertados en el Comando Nacional por el NO, pero sin exageraciones, sin falsos orgullos, ese triunfo fue un éxito conquistado, principalmente, gracias a este gran partido que es la Democracia Cristiana: gracias al trabajo tesonero de nuestros jóvenes, de nuestros militantes y de nuestros dirigentes.

Un triunfo de todos en el Partido

La estrategia aplicada es de todos. Fue el fruto de una búsqueda y rectificación constante. Sería mez-

(*) EX MIEMBRO DEL COMITÉ DE PERSONALIDADES POR LAS ELECCIONES LIBRES.

quino pretender que hubo alguien o algunos que fueron dueños de la verdad o de la eficacia.

Personalmente, fui uno de los fundadores del Movimiento por Elecciones Libres, en un momento en que los partidos miraban con desconfianza esa iniciativa, y ello, varios meses antes de la elección de la actual directiva. El paso de las elecciones libres a la Campaña por el NO fue impulsado por grupos muy variados dentro del partido. La defensa de la unidad de la oposición fue, nuevamente, una tarea colectiva. Sería injusto apropiarse del resultado del 5 de octubre por un partido determinado o, peor, por un sector de un partido político.

Propongo, por tanto, dejar de discutir sobre la estrategia de la Campaña del NO. Simplemente, entiendo que ella fue el fruto de todos en la oposición y, lo que me importa más, el resultado del trabajo de Chile. El problema real no es la estrategia exitosa que fue, sino la estrategia que viene.

Contribuir a aclarar esos hechos es el propósito de esta breve exposición.

Confianza en la validez de nuestras ideas y valores

En mayo de 1987, hace un año y medio, en una conferencia en Valparaíso, sostuve que "el humanismo cristiano alude a ciertas verdades básicas que incluso se podrán califi-

car de elementales, por simples, claras, diáfanas. Pero, siendo elementales, son suficientes para orientar a los hombres en la búsqueda de una sociedad libre y justa".

En esa ocasión decía algo que reitero hoy con más fuerza y convicción: "El humanismo cristiano tiene vigencia porque es abierto. Porque es una invitación generosa a todos los hombres a concordar en ciertos principios fundamentales que puedan constituir una fe secular de la libertad, de la justicia, de la dignificación de todos los hombres, particularmente de los más pobres.

Yo llamo a tener más confianza y fe que nunca en nuestros principios y valores.

Fundados en esos grandes principios y valores, debemos abrir paso a una nueva política.

Exigencias para la política futura

Creo que, a partir del humanismo cristiano que nos inspira, es posible alcanzar el éxito para nuestra patria, para sus pobres y para sus jóvenes.

Ello supone exigencias como las siguientes:

En primer lugar, una exigencia de moralidad. Ello, para llamar las cosas por su nombre, significa que ningún apetito de poder, ni personal, ni partidista, puede estar gravitando en las decisiones que debemos adoptar. Si hay un conflicto de

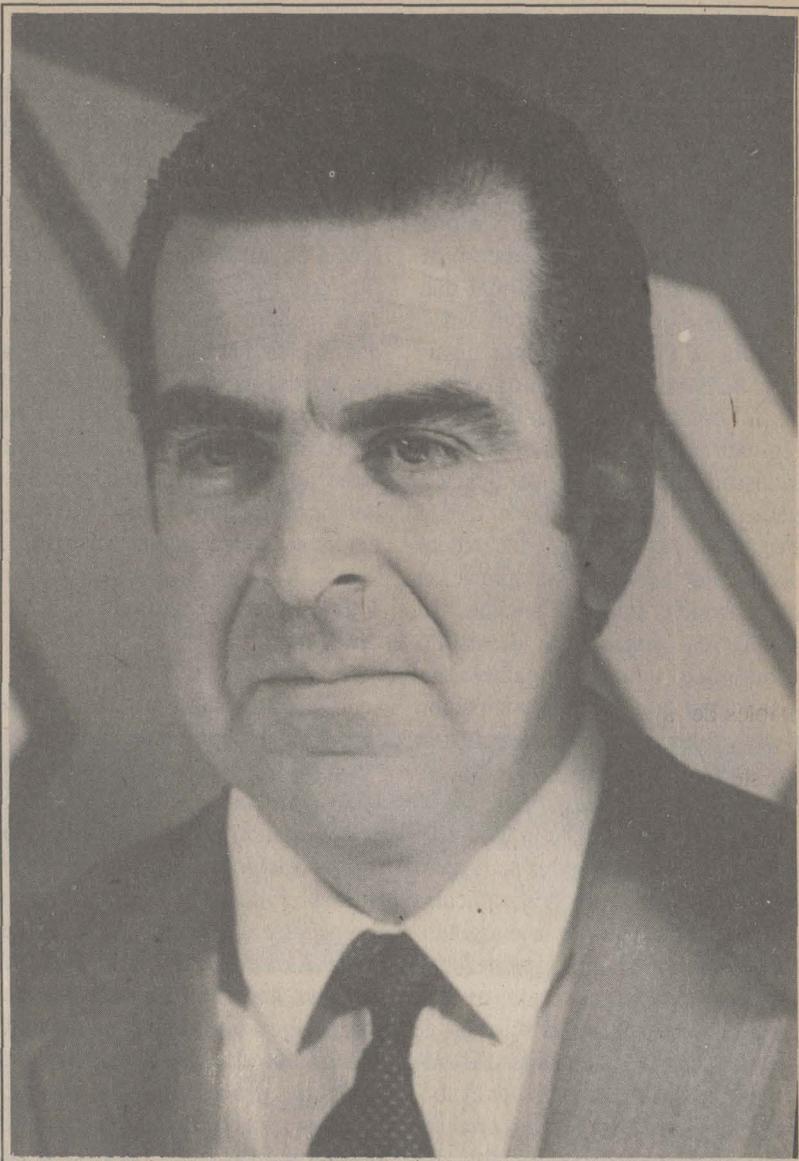
intereses entre lo que el partido quiere y el país necesita, entonces lo único ético es anteponer por sobre cualquier cosa nuestra patria y su destino. Modestamente, *toda mi actitud es de servicio; de servicio al país, y de servicio al partido.*

En segundo lugar, hay una exigencia de reconciliación y unidad nacional. Si la oposición ganó el 5 de octubre, ello fue posible porque supimos crear, mantener y sostener la más amplia concertación de fuerzas políticas que haya conocido la historia de Chile.

La reconciliación ha sido la demanda moral que la Iglesia Católica ha hecho a nuestro país. Esa demanda, trasladada al plano de la política, ha encontrado expresión en la concertación de los 16 partidos. A su amparo, el país ha visto crecer un gran consenso para que haya paz, justicia y tolerancia. Bajo la sombra benéfica de esa concertación, las viejas heridas del pasado no sólo se han cerrado y olvidado sino que, mejor, en su reemplazo se ha desarrollado entre partidos que antiguamente nos mirábamos como enemigos, una sólida amistad y una aspiración recíproca a colaborar y entendernos. La concertación debe, por tanto, continuar y en las etapas que vienen, dar forma a proyectos más ambiciosos.

Mi actual precandidatura ha hablado de reconciliación en el país. Pero lo importante es que, desde ya, lo está logrando en el partido. Por primera vez en los últimos 15 años, personas de los más distintos grupos aceptan abandonar sus antiguos alineamientos para integrarse a algo nuevo, que supera el pasado. Agradezco enormemente que estén sustentando mi campaña personas como Ricardo Hormazábal, Belisario Velasco y Patricio Basso; como Alejandro Foxley, Eugenio Ortega e Ignacio Walker; como Genaro Arriagada, Carlos Figueroa, Edmundo Pérez y Alvaro García.

El acuerdo de ellos es la confirmación práctica de lo que dije hace



El primer Gobierno democrático debe recoger lo mejor de la herencia del período democrático y lo mejor de los últimos 15 años. Eso es realismo y generosidad.

20 días en la Junta Nacional del partido, cuando propuse un replanteamiento de la vida partidaria. "Los alineamientos de hoy, de algún modo resultan ser la proyección de los compromisos de hace 15 o 20 años. No critico que sea así, pero preferiría que fuera distinto. Mi gran aspiración durante el último tiempo, en que recorrí la estructura del partido comuna por comuna y desde Arica a Punta Arenas, fue siempre intentar servir a una especie de nueva convergencia, donde nuestros militantes, tan desinteresados y honrados, abandonarían las etique-

tas y los grupos que los han dividido y pudieran reencontrarse en algo nuevo. No hay partido si se piensa en el aplastamiento de un sector por otro. Eso, además de absurdo, sería inhumano. Pero creo que ha llegado la hora para que surjan nuevos alineamientos, pero, sobre todo, reencuentros nuevos, grandes y generosos que, de producirse —y esa es mi propuesta— darán enorme vitalidad al partido".

Planteadas algunas características del modo de hacer política que propongo, creo que es importante aterrizar en ciertas ideas generales

del presente, sus oportunidades y perspectivas.

Chile tiene una oportunidad hoy

Al analizar las perspectivas que se le abren al país con el proceso de democratización, debo afirmar que Chile tiene una gran oportunidad.

Ella se funda, en primer lugar, en la herencia que recibimos del período democrático que antecedió al régimen militar. Fueron décadas de industrialización, de modernización del aparato del Estado, de rápida expansión del sistema educacional y de salud pública y de aplicación de avanzadas políticas sociales. El avance en términos de desarrollo económico vino acompañado de una mayor equidad y participación social. Junto a la profundización de la democracia política se progresaba gradualmente hacia una mayor democracia social y económica. Se desarrolló la clase media, se fortalecieron las organizaciones sindicales y se incorporó, desde la marginalidad, a los campesinos y pobladores.

Durante los últimos quince años, se retrocedió en muchos de los aspectos mencionados. Ha sido un período caracterizado por el abuso y la inseguridad. Se ha incrementado el desempleo al tiempo que disminuía el poder de compra de las remuneraciones. Cayó el aporte estatal en todos los sectores sociales, y, en especial, en salud y vivienda. Pero, sobre todo, ha sido un período de exclusión social y marginación. Se ha buscado debilitar a las organizaciones sociales y, en particular, al sindicalismo. Se han impuesto los cambios desde arriba prescindiendo del aporte de los diferentes sectores de la sociedad.

Sin embargo, y a pesar de todos estos retrocesos, es necesario reconocer que algunos aspectos de la situación presente son potencialmente positivos si se ponen al servicio de todo el país. Por ejemplo, el éxito exportador, tan necesario para el

desarrollo futuro de Chile; la modernización empresarial y productiva que se observa en determinadas áreas de nuestra economía; la baja tasa de inflación y el control del déficit fiscal.

La conjunción de la positiva herencia de nuestro período democrático con los aspectos positivos recién mencionados, permiten guardar un cierto optimismo respecto de las posibilidades de desarrollo del país en el futuro. Convertir dicha posibilidad en una realidad es una tarea no sólo del primer gobierno democrático, sino de una convivencia democrática en paz y progreso.

Consensos y Unidad Nacional

Durante los últimos años hemos debatido en el país respecto del mejor modelo para alcanzar el desarrollo. En muchas ocasiones este debate ha tomado un carácter excesivamente ideologizado, generando temores y desconfianza recíprocas entre vastos sectores de la población. Esta polarización excesiva no debiera hacernos olvidar, sin embargo, que durante la mayor parte de las décadas que antecieron al quiebre democrático, los chilenos fuimos capaces de compartir, a pesar de nuestras legítimas diferencias, ciertos consensos básicos no sólo respecto de nuestro régimen político, sino que también respecto de nuestras instituciones sociales y económicas. Dichos consensos básicos fortalecieron nuestra vida democrática y permitieron un progreso económico y social sostenido.

Sin embargo, los acuerdos fundamentales sobre los que descansó un largo período de nuestra historia se fueron resquebrajando paulatinamente en los años que precedieron al régimen militar. Todos, cuál más, cuál menos, contribuimos a ese quiebre. Entre todos, debemos reconstruirlos.

Hoy, la Democracia Cristiana debe volcarse hacia el futuro procu-

rando colaborar con otros partidos y con los más variados sectores para generar los acuerdos fundamentales que posibiliten un desarrollo sostenido con justicia y participación.

Los recelos y desconfianzas de pasado reciente deben dar paso al fortalecimiento del principio de cooperación entre distintos actores sociales y políticos. De este modo se irá fortaleciendo la unidad nacional, la que se debe expresar desde ya en la amplia representatividad del primer gobierno democrático.

Justicia y participación

El primer gobierno democrático debe partir por recoger lo mejor de la herencia que recibe. Lo mejor de la herencia del período democrático que antecedió al régimen militar y lo mejor de los últimos quince años. Reconocer dichos aportes constituye un acto de realismo y generosidad. Deberá, a su vez, abocarse a la tarea de rehacer los consensos necesarios para posibilitar la democracia y el desarrollo.

Pero, junto con ello, resulta esencial realizar los cambios fundamentales que el país espera. Se trata de avanzar en términos de una mayor equidad y participación.

Mayor equidad y justicia respecto de los sectores marginados, en especial respecto de los pobres y jóvenes sin horizontes. Más empleos y remuneraciones más dignas, un mayor esfuerzo del estado en los sectores de salud, educación y vivienda. Encarar el problema de la pobreza y de la marginalidad constituye probablemente nuestro principal desafío como país, tanto desde el punto de vista ético como político. Se trata, por cierto, de una tarea de gran envergadura que exige un crecimiento sostenido de la economía, así como el estímulo a la inversión.

También se requerirá de mayor equidad y justicia respecto de los trabajadores organizados y de la clase media, tanto en lo que con-

cierte a la disponibilidad de empleos y a las normas que regulan la negociación colectiva como respecto de la fuerza de las organizaciones sindicales. Sólo sobre la base de una mayor equidad podremos construir un Chile que ofrezca una vida digna a todos los chilenos.

Sin embargo, no bastará sólo con avanzar en términos de una mayor participación. Construir una sociedad democrática exige ofrecerle a todos un lugar en la tarea colectiva de forjar nuestra nación. Se trata de pasar de esta sociedad silenciada a un pueblo que se sienta responsable en la construcción de su futuro. Esta participación se debe expresar no sólo a partir del primer gobierno democrático sino, desde ya, en la elaboración de las nuevas alternati-

vas. Es por ello que invitaremos a las organizaciones sociales a convertirse en actores creativos de los lineamientos de un nuevo desarrollo nacional.

Resulta indispensable la participación activa de trabajadores, pobladores, empresarios, profesionales y jóvenes, en la tarea de forjar el programa del primer gobierno democrático, para que luego asuman también un papel activo de su implementación. En otros términos, nuestro desafío y nuestra voluntad no es sólo la de construir un Chile para todos sino que también un Chile de todos.

Volver a nuestra raíces

Tenemos una herencia que nos permite encarar los desafíos que

enfrenta el país en su futuro democrático con optimismo y resolución.

Tenemos la voluntad de refundar nuestros consensos que posibiliten un desarrollo sostenido y una democracia estable.

Tenemos la voluntad de avanzar hacia una mayor justicia y participación. En el fondo, se trata de volver a retomar las que fueron las raíces más profundas de nuestra historia. Una historia que, excepción hecha del ciclo confrontacional que la inmensa mayoría del país desea dar por terminado, fue una de desarrollo económico, progreso social, cultura política y, por sobre todo, de convivencia civilizada.



FOTO GENTILEZA REVISTA HOY

Los chilenos fuimos capaces de compartir, a pesar de nuestras diferencias, ciertos consensos básicos respecto al régimen político, económico y social.